

Hijo del mundo y caudillo de partidarios: Garibaldi y la política de facciones en el exilio rioplatense (Montevideo, 1841-1848)

MARIO ETCHECHURY BARRERA
ISHIR, Universidad Nacional de Rosario-CONICET

Resumen

La carrera de Giuseppe Garibaldi durante su exilio rioplatense ha sido ampliamente abordada por la historiografía, tanto desde perspectivas tradicionales, que enfatizaron los aspectos militares de su periplo, como por aproximaciones transnacionales, focalizadas en el rol de los garibaldinos en el movimiento internacional republicano-democrático. Sin embargo, tal como señalamos en este artículo, ambos registros han dejado en un cono de sombras la intensa y conflictiva participación que desarrollaron Garibaldi y sus legionarios dentro del espacio político faccioso de Montevideo. El estudio de esta dimensión permite complejizar el estatuto ambiguo del exiliado en las sociedades de acogida, así como explorar el problema de la representación política de los residentes extranjeros en ultramar.

Palabras clave: Garibaldi; exilio; voluntariado internacional; partidos políticos; Río de la Plata

Abstract

The career of Giuseppe Garibaldi during his exile in the Río de la Plata has been approached extensively by historiography, both from traditional perspectives, which emphasized the military aspects of his journey, and from transnational outlooks, focused on the role of the Garibaldians in the international republican-democratic movement. However, as we point out in this article, both approaches have left in a “grey zone” the intense and conflictive participation that Garibaldi and his legionaries developed within the political space of Montevideo. The study of this dimension allows us to understand in greater complexity the ambiguous status of exiles, as well as

to address the problem of the political representation of foreign residents overseas.

Keywords: Garibaldi; exile; international volunteering; political parties; Río de la Plata

Introducción

La ciudad-puerto de Montevideo ocupó desde fechas tempranas un lugar crucial en la carrera de Giuseppe Garibaldi (1807-1882) y en la extensa mitología política construida por sus seguidores en las dos orillas del Atlántico. Tal como rezaba un manifiesto de 1886, suscripto por un grupo de *camicie rosse* y simpatizantes de la causa garibaldina, había sido en la República Oriental del Uruguay donde el “jefe invicto de la democracia universal” y “Capitán del pueblo” implantó “su primera escuela, iniciando el combate del ciudadano armado contra el soldado aguerrido del ejército permanente”.¹ Esta idea, por cierto, no era nueva ni constituía una reivindicación exagerada, hecha *post-facto* por un grupo de veteranos nostálgicos. Por el contrario, había sido el propio Garibaldi quien enfatizó su deber ante la República rioplatense que le había dado asilo, mediante una especie de declaración de fe política pronunciada en Montevideo en octubre de 1843, que puede leerse como un ejemplo acabado del “cosmopolitismo de las naciones”² y un hito central en la inserción del comandante de la Legión Italiana en los entramados del voluntariado internacional y republicano:

Yo soy un proscrito pero me honro de mi proscripción. Nada me debe la República porque en ella he encontrado asilo y protección. He adoptado aquí y en otras partes la causa de la libertad y de la civilización y combatiré por ella en esta República con el mismo interés y decisión con que lo haría por mi patria, porque tal la considero. Estoy persuadido de que en nada discrepan de estos sentimientos los de mis paisanos á mis órdenes y los de mis compañeros los franceses, en cuya tierra hallé también asilo, cuando combatía por iguales principios. Todos ellos están dispuestos á defender esta capital, como defenderían el techo bajo el que nacieron.³

Años más tarde Garibaldi reforzó esta perspectiva a través de sus memorias y en cartas a antiguos camaradas políticos, donde reivindicaba a la República del Uruguay como “su segunda patria” y ejemplo de la lucha denodada de un pueblo contra la tiranía, una etapa que no puede desligarse de su militancia

previa, como corsario de la República de Río Grande do Sul, donde había comenzado a forjar su carrera americana.⁴ No obstante, el énfasis puesto por la historiografía posterior en este mito fundacional ha terminado por despolitizar la trayectoria garibaldina en la arena local, olvidando que el futuro “Héroe de dos Mundos” también se desempeñó como un activo jefe de partido y caudillo de facción, participando en las pugnas internas de su “patria adoptiva”, dimensión que abordaremos en el presente artículo. Como sostenemos aquí, el ascenso del guerrillero dentro de las filas montevidéanas, entre 1842 y 1847, fue rápido, pero estuvo lejos de ser percibido de manera unánime.⁵ En varias coyunturas sus logros militares y su creciente independencia política despertaron un marcado rechazo por parte de sus camaradas de armas—y supuestos aliados—, donde se mezclaban argumentos ideológicos, localismos, celos profesionales dentro del ejército y no pocas dosis de xenofobia. Para navegar por ese campo minado, que recoge las tensiones constitutivas del exilio como “lugar” jurídico y político,⁶ Garibaldi ingresó de lleno en el juego de los partidos y círculos existentes dentro de Montevideo, movilizándolo a sus legionarios para combatir a sus adversarios internos y tejer vínculos con otras agrupaciones, algo visible sobre todo entre 1846 y 1848, durante el último tramo de su carrera rioplatense, que, como señala Jasper Ridley, es el menos estudiado por sus biógrafos.⁷ Recuperar esta complejidad del exilio como espacio de confrontación y punto de intersección entre lo global y lo local, permite captar la rapidez con que se reconfiguraban los componentes de la ciudadanía política en la ciudad puerto montevidéana, un enclave cosmopolita atravesado por constantes disputas de partido a lo largo de la década de 1840. En coyunturas de esa naturaleza, la oposición entre ser “extranjero” o ser “hijo del país”, más allá de sus contenidos legales y consuetudinarios, era empleada por diversos actores como una forma de intervención en la *res publica*, para legitimarse, reivindicando la calidad de “natural” con derechos políticos o bien, llegado el caso, para marginar y estigmatizar a los oponentes, tildándolos de apátridas, aventureros o mercenarios. Ello ayuda a explicar la vertiginosidad con que solían cambiar las coaliciones establecidas entre grupos locales y emigrados de diversa procedencia.

Si bien en el presente artículo tomamos como punto de observación la carrera del líder de la Legión Italiana y sus vicisitudes, al mismo tiempo buscamos evidenciar el modo en que se fue configurando un “partido garibaldino” más amplio, cuya formación resume buena parte de las controversias sobre la participación de los “extranjeros armados” en la política del período. Para ello, en la primera sección, repasaremos de manera sintética los entramados de la emigración política italiana en el Río de la Plata a mediados del siglo XIX, para después centrarnos específicamente en la formación de la Legión Italiana—la base social y militar del garibaldinismo montevidéano—y el modo en que

se construyeron a su alrededor imaginarios y estereotipos sobre la figura del voluntario en armas. Por último, analizaremos las alternativas de Garibaldi y sus partidarios entre 1846 y 1847, cuando su accionar adquirió mayor protagonismo en la política de Montevideo, en medio de enfrentamientos con otras agrupaciones y liderazgos.

Montevideo y los circuitos de la emigración política italiana en Sudamérica

Durante la década de 1830 Montevideo, puerto central en la redistribución de mercancías del Río de la Plata, se había ido convirtiendo en una urbe cada vez más cosmopolita, al compás de un intenso flujo inmigratorio—europeo y regional—y de la reconfiguración de los mecanismos de trata esclavista. Según el padrón de octubre de 1843—fuente global que, pese a sus falencias, constituye una fotografía aproximada del proceso—, entre los 31.189 habitantes que reunía la ciudad-puerto en ese momento, 5.324 eran franceses, 4.205 italianos, 3.406 españoles, 2.553 argentinos, 1.344 afrodescendientes, 659 portugueses, 606 ingleses, 492 brasileros, 49 norteamericanos, 76 hispanoamericanos, 183 de “otros estados europeos” y 861 “sin patria conocida”. Sumados, estos colectivos superaban con creces a los 11.431 pobladores “orientales”.⁸ De manera simultánea, y en buen grado como consecuencia de su posición estratégica en las conexiones con el mundo Atlántico, la ciudad también se transformó en uno de los principales centros de recepción de emigrados políticos, europeos y rioplatenses, un fenómeno que ha recibido un tratamiento desigual por parte de la historiografía. Más allá de las peculiaridades de cada colectividad, es importante establecer la dificultad—y la inconveniencia metodológica—, ya apuntada por otros investigadores, a la hora de diferenciar de modo terminante a inmigrantes económicos o laborales de exiliados o proscritos, dado que entre ambos segmentos no había contradicción y los tránsitos entre una categoría y otra eran frecuentes.⁹ Dentro de los colectivos europeos merece especial atención el caso de los emigrados procedentes de la península itálica, que en el imaginario popular aparecieron como la quintaesencia de los *esuli* o expulsados por razones políticas. Aunque varios proscritos habían llegado en la década previa, los principales grupos de esta emigración se afincaron en ambas márgenes del Río de la Plata y en el Imperio del Brasil luego del fracaso de los sucesivos movimientos revolucionarios de la década de 1830, mientras se producía la expansión global de la *Giovine Italia* de Giuseppe Mazzini.¹⁰ Las autoridades consulares sardas en Río de Janeiro tuvieron un temprano conocimiento de la formación de una “sociedad secreta” italiana, en 1834, conectada

con la organización europea de Giuseppe Mazzini, a través del liberal Stefano Grondona. Con posterioridad, un núcleo de activistas, denominados en los despachos consulares como una “sociedad de liberales italianos”, editó un efímero periódico titulado *La Giovine Italia*, entre cuyos redactores figuraron Giovanni Battista Cuneo y Luigi Rossetti, dos de los principales agentes mazzinianos del período. Si bien solo aparecieron dos números es probable que se tratara de la primera publicación de este tipo realizada en el Nuevo Mundo, que sería continuada luego por otros proyectos, como *O Povo*, periódico de la República separatista de Río Grande do Sul (1838-1840),¹¹ o bien *L’Italiano* (1841-1842) e *Il Legionario italiano* (1843-1846), ambos publicados en Montevideo. Los agentes sardos también aludían en sus informes a la circulación de documentos “incendiarios” y a la impresión de litografías de contenidos patrióticos que formaban parte de las mismas redes. Estas acciones desarrolladas en los márgenes sudamericanos preocuparon a las autoridades peninsulares, como lo demuestra una serie de registros de vigilancia e interrogatorios llevados a cabo en Génova y Torino entre 1836 y 1839, con el fin de controlar a los posibles agentes o simpatizantes de Mazzini arribados de Río de Janeiro, e impedir la entrada de documentos o publicaciones políticas.¹² A principios de la década de 1840 los principales emprendimientos de la *Giovine Italia* se fueron transfiriendo desde Río de Janeiro y Río Grande do Sul a Montevideo donde, al menos desde 1837, los despachos consulares sardos alertan sobre la presencia de activistas mazzinianos. En ese contexto, entre 1841 y 1842, siguiendo directivas de Mazzini, Cuneo terminó de organizar la *Congrega Centrale di Montevideo per l’America del Sud*, que mantuvo correspondencia con el resto de las organizaciones del continente y con la sede central de Francia.¹³ Sus principales referentes, además, se insertaron con éxito en los periódicos locales—como *El Iniciador* o *El Nacional*—y mantuvieron estrechos vínculos con los núcleos más politizados de la llamada “emigración argentina” antirrosista, que se había ido afincando en Montevideo a lo largo de la década de 1830, unos lazos ideológicos y personales que proseguirían activos en los años siguientes.¹⁴ En muchos sentidos, estos intercambios entre grupos y tradiciones políticas fueron medulares para transformar a Montevideo en uno de los principales polos del activismo republicano en el espacio atlántico de mediados del siglo XIX, como ha enfatizado James E. Sanders.¹⁵ El accionar de estas comunidades de “emigrados”, y la simultánea politización de otros núcleos de residentes que no eran definidos *a priori* como proscriptos ni exiliados, como fue el caso de numerosos franceses y vascofranceses—así como de buena parte de italianos que se dedicaban al tráfico mercantil—transformó a Montevideo en un espacio sociopolítico transnacional, que se amplió de forma dramática durante los primeros años de la llamada Guerra Grande (1838-1852). Más que un

conflicto único, se trató de una serie de contiendas civiles entre facciones de ambos márgenes del Río de la Plata, acciones navales y diplomáticas franco-inglesas, a lo que se sumó, en la última fase, la participación de fuerzas brasileñas. En particular, la presencia de las flotas, agentes y recursos económicos de Francia e Inglaterra, que buscaban ampliar sus mercados y ventajas competitivas, impactaron fuertemente en el desarrollo de la guerra, vinculándose de manera estrecha con varios de los partidos y gobiernos en conflicto. Las consecuencias que esas alianzas acarrearón fueron múltiples, figurando entre ellas un ríspido debate público acerca del papel de los extranjeros armados y el riesgo de las intervenciones navales frente a la soberanía de las repúblicas rioplatenses que se acompañó, además, de la afirmación de un discurso americanista, que terminó ganando adhesiones incluso dentro de Montevideo.¹⁶ El epicentro de las disputas—que de algún modo le otorga cierta cohesión a esta “Guerra Grande”—giró en torno al enfrentamiento entre el federal Juan Manuel de Rosas, Gobernador de Buenos Aires y Encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina, y un heterogéneo frente de agrupaciones y coaliciones regionales, apoyadas en diverso grado, como queda dicho, por los agentes franco-ingleses.¹⁷ Fue sobre todo a partir del segundo mandato de Rosas (1835-1852), que se terminaron de alinear a nivel regional los dos grandes bandos político-militares. Por un lado, un amplio sector del llamado partido unitario, junto a otros opositores y disidentes anti-rosistas, se refugiaron en la República Oriental del Uruguay, desde donde buscaron reorganizarse para desplazar al líder *porteño*, fundando logias clandestinas y comisiones y militando de manera activa en el periodismo local. Varios militares exiliados se unieron a las fuerzas del general Fructuoso Rivera, caudillo regional de extensa trayectoria desde la década de 1810 y primer Presidente del Uruguay (1830-1834). En 1836 Rivera encabezó al que se conocería como partido *colorado*—así designado en alusión a sus “divisas” o distintivos rojos—comenzando un alzamiento contra su sucesor en la primera magistratura, el general Manuel Oribe, otro veterano de las guerras independentistas, que se constituyó a su vez en jefe del partido *blanco*, mientras estrechaba sus relaciones con el federalismo rosista. Tras verse derrotado, en octubre de 1838 Oribe renunció a la presidencia y emigró junto a numerosos civiles y militares a la Confederación Argentina, donde Rosas enfrentaba las peores consecuencias económicas y políticas del bloqueo naval francés (1838-1840). En esa coyuntura Rivera accedió nuevamente a la presidencia del Estado Oriental (1839-1843) y declaró formalmente la guerra a Rosas (10/3/1839), al tiempo que los agentes de Francia brindaban sustento material y logístico a varios frentes opositores que se levantaron en armas contra el gobernador federal. Mientras tanto, Rosas designó a Oribe como comandante interino del recién creado Ejército Unido de

Vanguardia de la Confederación Argentina, que llevó a cabo una violenta pacificación militar (1840-1842), eliminando los principales focos disidentes.¹⁸ Como desenlace de esta campaña, entre febrero de 1843 y octubre de 1851, Montevideo, principal reducto de los opositores a Rosas, fue sitiada por el Ejército Unido, que logró controlar la mayor parte del territorio uruguayo, excepto unas pocas villas y puertos del *hinterland* rural, que permanecerían en constante disputa hasta el final de la contienda.¹⁹ El asedio o “defensa de Montevideo” aceleró el proceso de politización que venían transitando las comunidades de residentes extranjeros y transformó a la ciudad en un laboratorio para analizar los procesos de generación de identidades y lealtades políticas transnacionales. Presionados por las circunstancias militares y por el despliegue de discursos facciosos, un gran número de extranjeros culminó por situarse de un lado u otro del arco de agrupaciones políticas regionales, pese al esfuerzo de los agentes consulares y navales europeos, que buscaron salvaguardar la doctrina de la “neutralidad” de sus súbditos en el exterior. Entre marzo y abril de 1843 la ciudad se vio sobresaltada por numerosas manifestaciones de extranjeros que recorrían las calles reclamando el inmediato armamento de la población foránea, ante el anuncio de un bloqueo y el peligro inminente de un asalto de Oribe a la capital. Desde las páginas de *El Nacional* y del nuevo *Le Patriote Français* se desplegó una activa propaganda dirigida a exaltar los valores civilizatorios y republicanos del armamento de los extranjeros. Como resultado de esta movilización, en los primeros días de abril de 1843 el gobierno autorizó la creación de la Legión de Voluntarios Franceses, comandada por el veterano napoleónico Jean-Chrysostome Thiébaud, que llegó a reunir entre 2.500 y 3.000 efectivos—incluyendo un regimiento de Cazadores Vascos, al mando de Jean Baptiste Brie—y la Legión Italiana, encabezada por Giuseppe Garibaldi, que osciló entre los 500 y 700 combatientes enrolados, cifras que variaron constantemente a lo largo del asedio. Estos batallones se sumaban a otras unidades extranjeras previas—algunas efímeras—como los Voluntarios de la Libertad, también franceses, la Legión Argentina, formada en 1839 y reorganizada en varias oportunidades hasta 1846, o el batallón de los Aguerridos, de composición vasco-navarra, así como varias compañías de colonos canarios y súbditos de otras regiones de España, alistados de manera compulsiva en la Guardia Nacional. Dejando de lado un núcleo de fuerzas de línea compuestas de libertos, a la postre, en 1843 más del 50% de los combatientes que defendían Montevideo podían ser clasificados como milicianos extranjeros, proporciones que, de todos modos, fueron cambiando en el transcurso de la guerra.²⁰

Voluntarios y “piratas de mar y tierra”. Los inicios controversiales de la Legión Italiana de Montevideo

La propuesta para formar un cuerpo de voluntarios se formuló a través de un ofrecimiento cursado al Ministerio de Guerra y Marina a principios de abril de 1843, con las firmas de Francesco Cassana, Giacomo Danuzio, Francesco Molinari, Pablo Giusti, Gioballa Saboja, Franceso Brian y Luigi Dellongo. La idea básica consistía en reclutar una milicia destinada a proteger las vidas y propiedades de residentes dentro de la capital, así como prestar servicio activo en la línea defensiva, sin la obligación de salir de la jurisdicción urbana. Los legionarios recibían una contraprestación material, en pagas y raciones, similares a las que se había acordado a la Legión Francesa. Luego de finalizada la contienda el batallón de voluntarios sería dado de baja, con los premios y pensiones que correspondieran. En sus inicios el cuerpo se compuso de dos divisiones, formadas por un núcleo estable, los llamados “velitos”, que recibían las raciones y vestuarios acordados, y los “simples legionarios” que, debido a sus ocupaciones personales, solo concurrían al cuartel para pasar revista y recibir órdenes.²¹ La idea de crear una legión también poseía un cometido político que iba más allá de los intereses de la ciudad que salvaguardaba y que siempre estuvo latente en el horizonte de sus oficiales: la causa de la liberación de la península itálica, un componente que la colocaba dentro del fenómeno del “voluntariado militar internacional” que se había ido consolidando en Europa y América tras la Revolución Francesa.²² Giuseppe Mazzini y sus colaboradores de la *Giovine Italia*, que mantuvieron una fuerte presencia en la Comisión administradora de la Legión, entendieron que ésta se trataba de un instrumento idóneo para galvanizar el espíritu de la comunidad en la diáspora y planear una expedición que encendiera la mecha de la guerra revolucionaria en la península.²³ El enfrentamiento contra el Gobierno de Buenos Aires y sus aliados aparecía, desde ese punto de vista, como un capítulo simbólico de una lucha por la libertad global, que convocaba a hombres de las cuatro partes del mundo, imaginario que consagró años después Alexandre Dumas en *Montevideo, o una nueva Troya* (1850), pero que los legionarios extranjeros ya habían consagrado en sus proclamas, órdenes del día y otras manifestaciones públicas, como ha demostrado acabadamente Sanders. No obstante, esta dimensión internacional, que siempre estuvo presente, en el caso de la Legión Italiana emerge de un *corpus* de fuentes que reflejaba las opiniones de un grupo de oficiales y tropas más bien reducido, mientras que en la base de la milicia las cosas fueron más complejas y es muy difícil saber, por el momento, qué ideas y motivaciones tenían sus integrantes. Quizás, el escaso número de enrolados—en comparación con el volumen total de residentes italianos—revelaba una cierta “despolitización” o bien una falta de tradiciones,

como sugería Garibaldi en sus memorias.²⁴ Al igual que el resto de los voluntarios extranjeros, la Legión Italiana era una fuerza heterogénea y multinacional. En sus filas, además del núcleo compuesto por inmigrantes genoveses y de otros estados italianos, revistaron españoles, orientales, afrodescendientes libertos y desertores de embarcaciones o de otros batallones de la guarnición, a los que los oficiales permitían ingresar con una benevolencia que suscitó numerosos altercados. El proceso de formación y el primer año de vida de los voluntarios fueron muy conflictivos, signados por constantes enfrentamientos entre varios comandantes improvisados que, tras reclutar a sus respectivas compañías, se disputaban la jefatura suprema, buscando establecer alianzas con otros oficiales, lo que originó rencillas y conspiraciones internas, sobre todo entre abril de 1843 y junio de 1844. Las páginas del “Diario” interno de la Legión—fuente poco utilizada hasta la actualidad—evidencian la incapacidad de establecer un mando unificado y armónico, pese a que Garibaldi, abocado sobre todo a la escuadrilla naval, figuraba siempre como un *primus inter pares*, gracias a su experiencia previa y al grado de coronel.²⁵ Estas querellas entre facciones, que amenazaban la existencia misma del batallón de voluntarios, desembocaron en una “guerra abierta entre los distintos capos y legionarios”,²⁶ en la que se disputaban las lealtades Costanzo Mamella, Davide Vacarezza, Luigi Missaglia, Giacomo Danuzio y, sobre todo, Angelo Mancini, que se fue fortaleciendo como el principal opositor a la línea de Garibaldi, pese a que este, en un principio, lo había promovido.²⁷ Las pugnas parecen haberse traducido en el escaso interés por combatir que demostraron al inicio algunas compañías, que alegaban no tener municiones o no haber sido racionadas de modo adecuado, una resistencia que Garibaldi confiesa que le causó no poca vergüenza frente a la marcialidad exhibida por la Legión Francesa.²⁸ No fue un hecho fortuito que, a principios de junio de 1843, tras haber protagonizado varios episodios de indisciplina, el Ministro de Guerra y Marina, Melchor Pacheco y Obes (1809-1855), decidiera intervenir *manu militari*, insultando y degradando en público a algunos oficiales rebeldes, para establecer a Garibaldi, su aliado y hombre de confianza, como único jefe.²⁹ Este, a su vez, se convenció de su incapacidad para lidiar con las escisiones y, al constatar que la indisciplina continuaba minando la Legión, decidió invitar como organizador del cuerpo a Francesco Anzani (1809-1848), un combatiente originario de Lombardía con una vasta carrera internacional transcurrida en milicias republicanas y liberales de Grecia, España, Portugal y Río Grande do Sul.³⁰ Mediante una disciplina férrea, que le granjeó la inmediata impopularidad del ala “manciniana”, que exigió su renuncia, Anzani pudo controlar los tumultos internos durante un tiempo, hasta que la ruptura se volvió inevitable. En los últimos días de junio de 1844, unos 35 legionarios encabezados por Mancini y Danuzio pasaron al campamento de Oribe, como

parte de un plan frustrado que pretendía obtener la defección de todo el cuerpo. Desde allí, Mancini dio a conocer una proclama, en la que invitaba al resto de la Legión a abandonar la causa de Montevideo, mientras calificaba a Garibaldi de “infame, ladrón, pirata y perjuro”.³¹

Dejando de lado estas divisiones entre las cúpulas, fue sobre todo en el plano de su accionar cotidiano donde la Legión Italiana se hizo más disruptiva. Como ha referido James E. Sanders, la movilización de los legionarios italianos—y de otros colectivos—permite recobrar el “potencial emancipatorio que los subalternos vieron en el republicanismo americano para mejorar su vida social, política y económica”,³² un proceso que no siempre era pacífico, ni necesariamente respetaba el orden establecido, desde el punto de vista de las autoridades. Sin dudas, el porte de armas, la posibilidad de no pagar alquileres y el acceso a raciones fueron alicientes para el enrolamiento de muchos extranjeros en las legiones, originando un “comunismo práctico”, tal como lo catalogó, con cierta inquietud, el representante español en Montevideo.³³ La Legión Italiana en particular siempre demostró ser una milicia turbulenta e indisciplinada, que funcionaba como una micro-sociedad igualitarista, donde quedaban difuminadas las jerarquías y se imponía una camaradería que podía vincularse a tramas delictivas. Algunos observadores locales relacionaron tempranamente a los voluntarios italianos con la criminalidad y el aventurerismo, cargos no exentos de xenofobia y clasismo, pese a que los disturbios en calles y cuarteles eran comunes dentro de la guarnición.³⁴ En varios pasajes de su detallado diario, el general argentino Tomás de Iriarte cargó las tintas contra los garibaldinos, a los que definía como “hombres desalmados, verdaderos piratas de mar y tierra” con una “inclinación dominante” al saqueo.³⁵ Ventura Rodríguez, que era alguien muy cercano a la Legión Italiana, sostiene que en algunas compañías se crearon “bandas” dedicadas a robar en el mercado, asaltar embarcaciones y participar de las redes de contrabando portuario, acciones que causaron frecuentes choques con los funcionarios encargados del orden interno.³⁶ Ahora bien, con independencia de afirmaciones impresionistas o sesgadas, las fuentes policiales abonan, en parte, ese juicio sobre la dinámica social de los legionarios. Amparados por la protección de sus fusiles y de una oficialidad permisiva, muchos *camicie rosse* protagonizaron, de manera repetida, episodios de resistencia a la autoridad y mantuvieron reyertas sangrientas con otros batallones en las calles de la ciudad que, en ocasiones, concluyeron en batallas campales. En un contexto donde la escasez de alimentos y el cierre del mercado de trabajo asalariado se volvió crítico, no era raro que grupos de voluntarios italianos—al igual que otros extranjeros—que anteriormente se desempeñaban como vendedores ambulantes, dependientes de tiendas u obreros, cometieran con frecuencia “tropolías” y robos, protagonizaran riñas con efectivos de otros

batallones o se dedicaran al ocio, apostando a los naipes en plazas públicas. Tras una serie de tumultos callejeros y ataques a celadores y policías, en marzo de 1844 el Jefe Político de la ciudad elevó una nota al Gobierno, aludiendo al desorden creado por la indisciplina de los voluntarios armados, y en particular, de los italianos.³⁷ Estos episodios suscitaron algunas medidas drásticas, como en diciembre de 1845, cuando las autoridades desterraron de Montevideo a una compañía de garibaldinos que, tras varios disturbios, comenzó una protesta exigiendo la liberación de camaradas arrestados.³⁸ En cualquier caso, la fraternidad de armas de los voluntarios extranjeros fue demarcando una suerte de fuero ante el cual los agentes policiales terminaron por ceder, dejando que las propias oficialidades de cada legión impartieran justicia cuarteles adentro. Es relevante rescatar este imaginario—alimentado por prejuicios xenófobos—ya que expresa la temprana y duradera asociación entre activismo político y crimen que realizaron los defensores del orden conservador en ambas orillas del Atlántico y que tuvo uno de sus principales objetos de crítica en los voluntarios armados. En efecto, Montevideo y su *hinterland* rural, como lugares de “emigración” y militancia armada, fueron también los escenarios donde se fraguó la contracara “oscura” del mito universalista-heroico de Garibaldi. Para muchos observadores de Europa, la experiencia montevideana de la “plebe ultramarina” y sus legiones representaba un peligroso espacio de entrenamiento contrario al *statu quo*, algo que cobró notoriedad en 1849, durante la efímera República Romana, cuando adquirió protagonismo el puñado de legionarios italo-montevideanos que se había trasladado a la península, que sirvió de núcleo para la formación de las primeras “bandas” garibaldinas. En un sarcástico diálogo ficticio publicado por *Il Diavoletto* de Trieste, en agosto de 1849, Garibaldi les advierte a sus combatientes que, si deseaban seguirlo, deberían “pagarse a sí mismos”, a lo que éstos le responden que “no había necesidad del aviso”, que todos sabían lo que era “combatir a la Garibaldi”, es decir, saquear a los pueblos que iban a “resucitar”, como habían hecho en Montevideo, Roma y Lombardía, bajo la lógica de “comer y destruir, destruir y comer, y luego nuevamente destruir, para después nuevamente comer”. En el mismo diálogo, Garibaldi saludaba con entusiasmo este programa, considerándolos “dignos soldados del héroe de Montevideo”, mientras celebraba que habían encontrado el modo de unir “el fragor de las armas y el sonido armonioso de los vasos”.³⁹ Más allá de estas sátiras políticas—que expresaban un profundo temor a las ideas democráticas y a la “anarquía” social—las guerrillas garibaldinas también fueron criticadas por la prestigiosa *Revue des Deux Mondes* en el contexto del enfrentamiento entre los republicanos italianos y la línea intervencionista que se impuso dentro del gobierno de Louis-Napoleón Bonaparte y que culminó con el asedio e ingreso de las tropas francesas a Roma.⁴⁰ En esa sede, el accionar de las guerrillas de

Garibaldi a lo largo de 1849 representaban la concreción de un ensayo comenzado en los márgenes sudamericanos: “[...] es en Montevideo, en la legión extranjera financiada por nosotros, que Garibaldi y sus bandas han hecho el aprendizaje de esta extraña administración republicana que tuvimos que destruir en Roma a golpes de cañón!”.⁴¹ Poco después, la misma publicación volvió a señalar la inconveniencia para el “honor nacional” francés de enviar una expedición militar al Río de la Plata, teniendo en cuenta que la ciudad-puerto montevideana estaba poblada por peligrosos delincuentes y emigrados del ‘48: “[...] nuestros regimientos, el soporte de nuestra sociedad; nuestros gloriosos soldados, último orgullo de Francia por su espíritu de disciplina, confundidos en Montevideo con los *routiers* de Garibaldi, con los hombres de las barricadas de junio!”.⁴²

Triunfos militares y derrotas políticas. La última estación garibaldina en Montevideo (1846-1848).

La trayectoria política y militar de Garibaldi, desde mediados de 1841, cuando se presume que arribó a Montevideo procedente de Río Grande do Sul, hasta 1847, cuando alcanza la máxima jefatura dentro del ejército montevideano, puede considerarse como exitosa si tenemos en cuenta que, *a priori*, era un ciudadano extranjero que no había hecho una carrera prolongada dentro de fuerzas locales y que logró imponerse sobre veteranos de las guerras revolucionarias, que podían esgrimir mayores “títulos” y derechos para ocupar puestos de responsabilidad, además de reivindicar su calidad de orientales y americanos.⁴³ Dejando de lado su experiencia previa como corsario en la república riograndense, ese ascenso puede haber sido el resultado de la influencia de los entramados y contactos de la *Giovine Italia* y de algunos allegados al gobierno montevideano, que en 1842 lograron proponerlo como comandante de la flotilla naval y corsario en el Río Paraná. Como señaló el historiador uruguayo Carlos Rama, la vida trashumante que llevó Garibaldi como coronel de la escuadrilla y de la Legión, así como sus planes de largo plazo, enfocados en la península itálica, no le impidieron transformarse en un residente bien arraigado en la sociedad local de Montevideo, donde constituyó su domicilio y nacieron tres de sus hijos con Anita Ribeiro—su compañera de luchas en Río Grande do Sul—, con quien contrajo matrimonio en la capital, en 1842. Asimismo, en 1844 se integró a la logia de *Les Amis de la Patrie* y, lo que es más importante, se fue convirtiendo en un representante e intermediario de los intereses de la comunidad italiana ante las autoridades de la ciudad, algo pasado por alto con frecuencia, pese a que fue fundamental para cimentar su liderazgo.⁴⁴ Quizás por ello, si bien Garibaldi remarcó su rol de proscrito y ciudadano del mundo,

algunos lo acusaron de ser, antes que nada, un fervoroso e imparcial defensor de los italianos. Por más que no existe contradicción entre ambos registros, desde el momento en que el cosmopolitismo, en su clave mazziniano-garibaldina, privilegiaba la lucha mancomunada entre naciones y no entre pueblos abstractos,⁴⁵ para algunos observadores locales, por el contrario, esta ambigüedad colocaba a Garibaldi como un aventurero que aprovechaba los apoyos del exilio teniendo siempre como objetivo último la política de la península itálica. Esta percepción se incrementó a partir de 1843, cuando Garibaldi, a través de la Legión Italiana, dispuso de una base de apoyo indispensable para actuar en la política local. El general Ventura Rodríguez, que siendo un joven soldado combatió junto a la Legión en la campaña por el río Uruguay (1845-1846), definía a Garibaldi como un “personaje extraordinario” y “un cruzado universal de la libertad”, pero también creyó oportuno remarcar que “[a]unque solía decir que su patria era el mundo, o que él era ‘hijo del mundo’, Garibaldi no dejaba de sentir como italiano y de mirar las cosas con exaltada parcialidad”.⁴⁶ Por ello, pese a ser elevado a general de la República y luchar en sus ejércitos, lo hizo “para defender, propagar y sostener intereses exclusivos de su Patria, con las armas y los recursos de los orientales”.⁴⁷ A poco de iniciado el sitio, en 1844, el general Tomás de Iriarte sostenía que Garibaldi se había constituido en un “caudillo que constantemente se presenta amenazante y con repetidas exigencias”, merced a una alianza que había sellado con Melchor Pacheco y Obes quien sería su socio político más durable. Nombrado en febrero de 1843 como Ministro de Guerra y Marina por Rivera—de quien se apartaría de manera drástica—Pacheco estuvo al frente de su cartera hasta noviembre de 1844, convirtiéndose en uno de los principales organizadores militares de la plaza y jefe de un “partido” de opinión, resistido por sus medidas drásticas, que le granjearon profundas antipatías y la fama de “loco” o “intempestivo”.⁴⁸ Según Iriarte, Pacheco, admirador de las luchas del *Risorgimento*, le habría prometido a Garibaldi poner a su disposición un barco para transportarse con la Legión a la península itálica e iniciar la revolución, una vez que Oribe evacuara el territorio oriental, ofrecimiento que había redundado en el “tono desmedido” que tomó el jefe italiano, temido por el gobierno debido a que sus voluntarios eran considerados “gente aventurera, peligrosa y sin costumbres”.⁴⁹ Por más que falta una investigación específica, podemos aventurar que el “partido” garibaldino o italiano de Montevideo no irrumpió como una unidad cohesionada, ni mantuvo la misma actividad durante todo el asedio, sino que surgió primero como un componente de la agrupación pachequista, para actuar después, en su última etapa, de manera más autónoma, con Garibaldi ya consolidado como referente. Sin que sea paradójico, el comandante de la Legión incrementó su peso político durante su polémica campaña por el río Uruguay (1845-1846),

ampliando su experiencia y prestigio militar, lejos del desgaste de las rencillas cotidianas de Montevideo. Estas operaciones, que culminaron con la toma de Salto, fueron esenciales para su aprendizaje de la “guerra de guerrillas” y al mismo tiempo dieron paso a una serie de saqueos, asaltos a villas e incautaciones que fortalecieron—no solo entre sus enemigos—la imagen de Garibaldi como cabeza de una gavilla de *condottieri*.⁵⁰ Pese a ello, estas acciones fueron empleadas con éxito para fines propagandísticos en Europa, donde Giuseppe Mazzini y su círculo de agentes—que ya venían promoviendo su carrera—ensalzaron al máximo la victoria garibaldina en la batalla de San Antonio (Salto, 8 de febrero de 1846), una acción en la que resistió durante horas los embates de la caballería enemiga, muy superior en número.⁵¹ En esa coyuntura, el gobierno de Montevideo también orquestó su propia “construcción mítica” de Garibaldi, en función de sus intereses inmediatos en las luchas de partido que se venían desarrollando en la capital. Allí, la agrupación en el poder buscó cimentar un liderazgo alternativo al que ostentaba Rivera quien, tras su derrota en la batalla de India Muerta (marzo de 1845), se encontraba recluido en Río de Janeiro, realizando gestiones para que las autoridades brasileñas le permitieran retornar a Montevideo. Las autoridades de la ciudad-puerto deseaban evitar esta maniobra, apoyadas, en el inicio, por William G. Ouseley y el Barón Antoine-Louis Deffaudis, los ministros enviados por Francia e Inglaterra para entablar negociaciones de paz. Pocos días después de la victoria de San Antonio, el 25 de febrero de 1846, el gobierno decretó el ascenso de Garibaldi a Coronel Mayor (General) de la República y distinguió a la Legión con el privilegio de formar a la derecha del ejército, ordenándose bordar una inscripción honorífica en su ya famosa bandera negra con el Vesubio en llamas. El decreto también establecía que los combatientes recibirían medallas de honor y sus nombres serían grabados en un cuadro colocado en la Sala de Gobierno, en suma, una panoplia celebratoria que trascendía la importancia militar que pudo tener la batalla en cuestión.⁵² Comentando estos eventos, el general de Iriarte, por más que se manifestaba contrario al partido riverista, no pudo reprimir su desagrado al ver como “un aventurero oscuro como Garibaldi”, valeroso pero sin antecedentes ni conocimientos militares, llegaba a ocupar las primeras posiciones del ejército, tras prestar apenas cuatro años de servicio en la República, lo que representaba “el colmo del escándalo y de la prostitución y desprecio con que se miran las altas clases (militares)”, aunque en otros pasajes posteriores matizará estos juicios ácidos sobre el italiano.⁵³ Por más que realizó denodados esfuerzos, el gobierno montevideano no pudo evitar que, en los primeros días de abril de 1846, Rivera finalmente desembarcara en Montevideo y recuperara el control de la situación, apoyado por un violento motín en el que participaron, en diverso grado, tropas liberas, milicianos vascos y algunos

cuerpos de la Legión francesa. En esa coyuntura se operó un cambio drástico en la composición de los ministerios y en la estrategia política, siendo expulsada la mayor parte de los agentes y militares de la “emigración argentina”—incluida su Legión—principales objetos del furor de los amotinados.⁵⁴ Los riveristas lograban así desembarazarse de uno de los colectivos extranjeros más activos desde 1839, al que se acusaba de querer prolongar la guerra de manera indefinida, cargo que se hacía extensivo al resto de las legiones extranjeras. Con estas acciones Rivera expresaba una estrategia—compartida por varios círculos—de “localizar” el conflicto, desentendiéndose de las pugnas en la Confederación Argentina. Las discusiones sobre este punto neurálgico se incrementarían, comenzando a pautar el ritmo de la lucha partidaria dentro de la ciudad. No es casual, entonces, que ese motín y sus corolarios fuesen vistos por Garibaldi—que por entonces seguía combatiendo al norte de la República—como un cambio abrupto en el sentido último de la guerra, que “cesó de ser nacional”, para dar paso a “las facciones mezquinas”.⁵⁵ La observación era perspicaz, dado que el frente cosmopolita que el gobierno de Montevideo mantuvo desde 1843 se fracturó, emergiendo con fuerza una tendencia opuesta a la intervención franco-inglesa que promovía, según Garibaldi, “una revolución contra *los gringos* (los Italianos) con el intento de destruirnos hasta el último”.⁵⁶ Si bien a comienzos de 1845 Rivera había donado parte de sus tierras a los voluntarios extranjeros, como premio por sus servicios a la República,⁵⁷ su relación con Garibaldi se fue tensando a medida que éste demostraba mayor autonomía en el plano militar y político. A mediados de 1846, por ejemplo, circulaban noticias en el campamento de Oribe sobre un supuesto plan riverista para asesinar al comandante de la Legión Italiana, debido a que “aquel pirata se había hecho independiente”.⁵⁸ Aunque posiblemente se tratara de rumores propios de la guerra, ellos parecen rubricar la existencia de un conflicto concreto, por más que ninguno de los dos contendientes afrontó el costo de una ruptura total. Con anterioridad a que esos problemas internos estallaran con virulencia, Garibaldi ya se había planteado transportar a toda la Legión fuera de Montevideo, bajo la suposición de que, si permanecían allí, “estaremos en el infierno” y, exceptuando a los residentes extranjeros, “nos perseguirán, y a muerte”.⁵⁹ En su correspondencia Garibaldi deja entrever que su exitosa campaña estaba siendo malograda por el virtual abandono material a que lo sometían las autoridades montevidéanas. En definitiva, el regreso a la capital supondría tener que “batirse con la canalla” que dirigía los negocios públicos y romper así una concordia que “no puede mantenerse más que con la distancia”.⁶⁰ El pronóstico político de Garibaldi era acertado, aunque es posible que ignorara hasta qué punto él mismo debería comprometerse a fondo en esa disputa interna.

En efecto, el panorama que encontró el comandante de los legionarios a su retorno a Montevideo—concretado en septiembre de 1846—estaba pautado por una fractura creciente entre agrupaciones que, *grosso modo*, podemos denominar como “pacifistas”, que procuraban un arreglo con Oribe para poner término al sitio, y los “beligerantes”, que recibían su principal apoyo de los milicianos extranjeros y lo que quedaba de la emigración argentina. Convertido en vocero de este segmento opuesto a la paz, Garibaldi afrontó de lleno este juego faccioso, lo que explica los vaivenes que experimentó su carrera a lo largo de 1847. Por otro lado, es posible, como sugirió el cónsul inglés Martin Hood, que el gabinete formado en ese entonces por los ministros Francisco Muñoz, Alejandro Chucarro y José de Béjar, viese en el jefe de los voluntarios italianos a un candidato idóneo para ayudarlos a permanecer en el poder, teniendo en cuenta que se encontraban desprestigiados por acusaciones de malversación de fondos públicos.⁶¹ En resumidas cuentas, parece haber sido esa conjunción de rencillas internas y factores de mayor envergadura—acerca de la dirección que se quería dar a la guerra en curso—la que llevó al nombramiento de Garibaldi como comandante de todas las fuerzas de la defensa de Montevideo, mediante decreto del 25 de junio de 1847.⁶²

Las repercusiones de este ascenso fueron inmediatas. *El Defensor de la Independencia Americana*, órgano oficial del campamento de Oribe, consideró la designación como una prueba inequívoca de que no existía en Montevideo “alguna sombra de nacionalidad”, y puso en duda la decencia y el honor de los oficiales y jefes que se sometían a la jefatura de Garibaldi, a quien se catalogaba como un “vil aventurero” y “un extranjero advenedizo, sin patria, sin derechos ni otros títulos que los de haber saqueado las costas del Uruguay con una gavilla de *condottieri*”.⁶³ No era extraño que los sitiadores aprovecharan el ascenso del italiano para señalar lo que ellos juzgaban como la tendencia antiamericana del gobierno de Montevideo. Sin embargo, dentro de la propia ciudad-puerto, la lectura política que hicieron algunos sectores del ejército y del elenco civil no fue muy distinta a la de sus adversarios, aunque, por obvias razones, la prensa local no los reprodujo de modo directo. Que un “gringo” ostentara el rango de comandante de todas las fuerzas de tierra no era un aspecto menor. En particular, como apuntó Iriarte, un grupo de militares que expresaban una postura “ultraorientalista”—pese a que no todos eran nacidos en la República—recibió el nombramiento garibaldino como un golpe tremendo, teniendo en cuenta que ahora eran “los extranjeros los que mandan y dirigen la defensa de Montevideo”. Con rapidez comenzaban a elevarse voces de protesta entre los comandantes, que veían cómo las decisiones de la guerra dependían de “jefes extraños cuando hay tantos naturales que quedan sin destinos”.⁶⁴ El mencionado Hood también dio cuenta del malestar generado entre los habitantes de

Montevideo por “tener a un italiano a la cabeza de la guarnición y a la ciudad completamente bajo tropas extranjeras”, temiendo que se produjera un saqueo por parte de los legionarios en caso de que se llevaran adelante negociaciones de paz con Oribe.⁶⁵ Por su parte, el Almirante francés Fortuné Le Prédour, que había tenido activa participación a lo largo de “Guerra Grande”, confirmaba las impresiones de la prensa rosista y de los opositores internos, sosteniendo que el nombramiento “nos parece ser la abdicación completa de los orientales en la dirección de los asuntos de su país y el triunfo de los extranjeros que se habían armado para defenderlo. Es una verdadera dictadura lo que acaba de ser concedido a Garibaldi [...]”.⁶⁶ Estas observaciones críticas no reparaban, como señaló Iriarte, que Garibaldi y muchos otros europeos difícilmente podían ser considerados legalmente como “extranjeros”, desde el momento en que habían prestado servicios militares a la República, una de las vías que la Constitución preveía para obtener la ciudadanía.⁶⁷ La acusación de ser mercenarios—y no voluntarios—consistía en otra estrategia típica de estas controversias, que buscaba quitar a los combatientes su calidad de residentes afincados, con propiedades u oficios, presentándolos en su lugar como aventureros desarraigados.

De este modo, frente al jefe de la Legión Italiana se fue alineando un conjunto de actores políticos y militares heterogéneo cuya figura más visible era el coronel Venancio Flores (1808-1868), uno de los más enconados antagonistas del gobierno de turno y el brazo armado del llamado partido “oriental puro”, que encontró sus principales apoyos en los batallones libertos, un factor de poder dentro de la guarnición. En pleno ascenso político y militar, Flores se fue transformando en principal referente del partido colorado, con un importante arraigo popular y, acabada la guerra, ocuparía en dos oportunidades la primera magistratura. Los acontecimientos más álgidos que sucedieron a la designación de Garibaldi se concentran en apenas 12 días, que fue el breve lapso en que logró permanecer en el puesto, hostilizado de manera permanente. Apenas circuló la noticia de su nombramiento, se suscitaron rumores que pretendían “alarmar al público”, lanzados, de acuerdo al redactor del Diario de la Legión, por círculos de opinión y oficiales “que en verdad no son sino una raza de bribones educados en la escuela infame de Rivera”.⁶⁸ También, según la misma fuente, se percibieron “síntomas de descontento” en uno de los batallones de libertos, encabezados por el Coronel Benito Larraya, de la agrupación que respondía a Flores, cuyos miembros “se mostraron enteramente adversos a la elección”, temiendo “una reforma” de la organización interna.⁶⁹ Si seguimos la detallada crónica de Iriarte, el 30 de junio los comandantes de los “cuerpos del país” ya habían comunicado al gobierno su deseo de que Garibaldi fuese desplazado, alegando que el “nombramiento a favor de un extranjero podía ser un obstáculo a la paz, por cuanto los enemigos no cesan de decir que Montevideo está mandado y defendido por

extranjeros.”⁷⁰ En un intento desesperado por afrontar el estado de rebelión, Garibaldi decidió concentrar a los batallones nacionales en una plaza pública, con el fin de arengarlos. Luego de solicitar en varias oportunidades que alguien levantara la voz si estaba conforme con su mando, no obtuvo respuesta, lo que implicaba, como apuntó Iriarte, una derrota simbólica.⁷¹ Cuando el gobierno intentó frenar la insurrección, desplazando a los oficiales que encabezaban las demandas de los batallones libertos, debió ceder debido a los “tumultos” que se produjeron entre las tropas.⁷² En tanto, el 4 de julio el Presidente Suárez acordó organizar un nuevo gabinete integrado por promotores de la línea “pacifista”, lo que ya presagiaba un cambio en el equilibrio de fuerzas.⁷³ Por último, el 7 de julio, mediante una sencilla comunicación, Garibaldi elevó su renuncia a la jefatura de las fuerzas montevidéanas, al constatar el persistente estado de desobediencia dentro de las tropas libertas, instigadas por los oficiales de Flores.⁷⁴ La situación se saldó con la derogación de las innovaciones organizativas que había impulsado y una vuelta al antiguo orden de la guarnición. Sin embargo, los conflictos no cesaron. A principios de agosto del mismo año, alrededor de 120 civiles y militares— que divulgaban sus ideas en el periódico *El Conciliador*— dieron a conocer una solicitud para enviar comisionados al campamento de Oribe y ajustar un acuerdo de paz, proyecto que generó controversias y fue bloqueado por el gobierno.⁷⁵ De manera simultánea, Garibaldi fue alertado por el Jefe de Policía sobre una “una conjura que lo amenazaba”, en la cual estarían implicados los citados Flores, Santiago Sayago y Benito Larraya. Esos rumores afirmaban, además, que algunos de los nuevos ministros estaban conspirando con Oribe para desarmar a la Legión Italiana, “único obstáculo que ellos creían que se oponía a la entrada del enemigo en la Capital”.⁷⁶ En una tensa reunión de comandantes, Garibaldi anunció ante el Ministro de Guerra que no prestaría servicio en las trincheras, exigiendo el destierro inmediato de Flores y Larraya. Al mismo tiempo desplegó a la Legión Italiana en un punto estratégico de la ciudad “para concurrir contra todo movimiento que los orientales de dentro hicieran que fuese contrario al curso de la Guerra que tanto se mantiene contra Oribe”.⁷⁷ Con esta demostración de fuerza—que comportaba, además, un amotinamiento—, el jefe de los legionarios se colocaba en una posición de hostilidad abierta hacia sus adversarios y sumaba presión al Presidente Suárez, que realizó otro recambio en las secretarías de Estado, cesando a los ministros del grupo florista que habían asumido en julio.⁷⁸ El desenlace de este último capítulo tendría lugar a los pocos días, entre el 15 y el 18 de agosto, cuando se amotinó el Batallón 2° de línea de libertos, al mando de Larraya, aduciendo atrasos en sus haberes. La amenaza de una represión sangrienta y la posibilidad de que los enemigos aprovecharan la confusión para asaltar la ciudad mantuvieron a la población en vilo, hasta que el conflicto se desactivó, con la intervención de la estación

francesa y la mediación de Le Prédour.⁷⁹ Finalmente, el coronel Flores elevó su renuncia ante el nuevo Ministro de Guerra, Lorenzo Batlle, para cumplir “la exigencia, hecha ante V. E. por el General Garibaldi”, según afirmó en la nota.⁸⁰

Estos dos meses de intensos enfrentamientos y conspiraciones parecían dejar al partido garibaldino como dueño del campo, con sus principales oponentes expulsados o radiados del ejército. La renuncia al mando supremo de la plaza no le imposibilitó a Garibaldi establecerse como el único comandante y jefe de partido capaz de amalgamar a los sectores más belicistas y controlar la disidencia interna, evitando un “golpe de mano” que pusiera en riesgo la ciudad. No obstante, a partir de allí la guerra prosiguió en una fase de baja intensidad y se reanudaron las negociaciones diplomáticas entre los gobiernos de Montevideo y Buenos Aires, con la mediación de los ministros anglo-franceses en el Río de la Plata. Esta situación, aunada a las novedades que se habían producido en los Estados Pontificios, revitalizaron el proyecto de embarcarse con destino a la península itálica que, en realidad, se había venido discutiendo a lo largo de todo el año. Luego de una serie de operaciones navales menores, concretadas a fines de 1847, en abril de 1848 Garibaldi zarpó de Montevideo, junto a un grupo reducido de milicianos.⁸¹

¿Qué sucedió con el resto de los voluntarios italianos que permaneció en Montevideo? Es preciso realizar nuevas indagaciones, pero algunos documentos fragmentarios sugieren que la Legión atravesó un doble proceso, de disminución de combatientes y de pérdida de identidad nacional y política. Cuando en septiembre de 1850 Melchor Pacheco y Obes se dirigió a Francia por segunda vez, en misión diplomática, trató de reclutar combatientes para engrosar las filas legionarias y llevar adelante un nuevo embate contra Rosas, buscando, sin resultado, que su camarada Garibaldi retornase a Montevideo.⁸² Mientras tanto, en carta a Bartolomeo Odicini, cirujano de la Legión y miembro de la *Giovine Italia*, le solicitó que mantuviese en alto el espíritu de los *camicie rosse* hasta la recepción de refuerzos. Sin embargo, la respuesta del activista italiano fue desalentadora, señalando que el antiguo batallón de voluntarios se había reducido a poco más de 300 efectivos y que “ahora solo el nombre le queda, y a la sombra de ese nombre y [de] la suspensión de ostilidades, medio y medio se mantiene en pie; pero mandada por personas totalmente extrañas a sus azañas y a su gloria anterior”, individuos “que manejarían mejor la azada que la espada”. En ese momento, concluía Odicini, más de la mitad de las compañías estaban integradas por pescadores canarios y otros españoles “que sirven para disfrutar de la ración”, sin que se contara con “verdaderos legionarios italianos”.⁸³ Tal como ocurrió con las otras milicias extranjeras, la Legión Italiana fue disuelta en diciembre de 1851, aunque sus redes de fidelidad siguieron operando tras el conflicto en ambas márgenes del Río de la Plata.⁸⁴

Las trayectorias de Giuseppe Garibaldi y de la Legión Italiana de Montevideo, entre 1843 y 1848, expresan con claridad meridiana el problema de la “representación política” de los colectivos extranjeros en ultramar y permiten recuperar las tensiones constitutivas de la figura del “proscrito” o “emigrado” en las sociedades de acogida. Por más que la vigorosa retórica internacionalista de Garibaldi desdeñaba las disputas internas, como un elemento que debilitaba la lucha “nacional” de los pueblos, el jefe de los legionarios debió insertarse de lleno en el denso mundo de alianzas, tramas conspirativas y motines que pautaban la cotidianidad de la política montevideana durante el sitio de 1843-1851, aspecto que la historiografía no ha estudiado de forma adecuada. En una guarnición compuesta en su mayor parte por milicianos extranjeros y libertos, donde cada batallón podía ser convertido en la base de un “partido”, los *camici rosse* no fueron la excepción, y el propio Garibaldi se desenvolvió como un “caudillo” de italianos, cuyas maniobras podían incidir en la dirección de la guerra o en las decisiones de gobierno. No es extraño, en esta sede, que la autonomía político-militar del comandante de la Legión Italiana también haya suscitado numerosos altercados inspirados, no pocas veces, por xenofobia o competencias por los puestos de mando, que revelaban las relaciones cambiantes del binomio extranjero/nacional. El conflictivo año de 1847 ejemplifica el modo en que Montevideo se fue transformando en un campo ideológico cruzado por agudas polémicas internas que pusieron un techo a la carrera de Garibaldi y sus legionarios, inaugurando, en algunos momentos, la amenaza de una “guerra civil” dentro de la ciudad. En resumidas cuentas, llamar la atención sobre este Garibaldi “partisano” y jefe de facción, permite cuestionar los relatos localistas—y metodológicamente nacionalistas—, que redujeron el papel del guerrillero al de un colaborador desinteresado y duradero del gobierno de Montevideo, como si éste fuese un bloque sin fisuras ni temporalidad. Por el contrario, en algunos tramos del asedio, el comandante de los legionarios mantuvo relaciones problemáticas con las autoridades, que se tradujeron en actitudes de rebelión o disenso acerca de la conducción de la guerra. Que en algún punto llegara a considerar a Montevideo como un “infierno” dice mucho acerca de esas tensiones del exilio como lugar de acción política. Pero esta dimensión “partidista” también implica repensar algunas lecturas internacionalistas del garibaldinismo en sus orígenes, que a menudo se despegan en exceso de las conflictivas bases sociales en las que se desenvolvía el voluntariado en armas y no dan cuenta de las prácticas transgresoras de muchos legionarios, que generaron—incluso entre sus propios aliados—un temprano imaginario xenófobo y clasista, contracara inseparable del mito positivo del “Héroe de los dos Mundos” y sus seguidores. Ambas dimensiones son constitutivas del accionar de Garibaldi y sus milicias

y forman parte de una trama político-militar única, que las controversias del exilio permiten sacar a luz y situar en su contexto de producción local. Sin embargo, el primero en soslayar este panorama de conflictos, motines y disputas entre camaradas fue el propio Garibaldi. En sus memorias consideró que, entre el retorno a la capital en 1846 y el embarque rumbo a Italia en abril de 1848, “media un período de pocos sucesos”, y redujo su designación como comandante de todas las fuerzas montevidéanas a unas escasas líneas, afirmando que “nada de importancia sucedió durante mi comando”,⁸⁵ lo que, indudablemente, contrasta con la turbulencia que caracterizó esas jornadas. Cabe conjeturar que estos silencios u “olvidos” formaban parte de las estrategias narrativas que puso en juego Garibaldi a medida que fue completando su carrera global,⁸⁶ donde el exilio rioplatense, mirado en retrospectiva, se fortalecía como un espacio fundacional y luminoso de su experiencia, sin realizar, prácticamente, mención al rechazo que sufrió de parte de un sector de la defensa montevidéana.

Notas

1. *Estatuto del círculo legionarios garibaldinos* (Montevideo: El Siglo Ilustrado, 1886), p. 13. El círculo o sociedad de veteranos había sido formado en junio de 1882 y pretendía reunir a los antiguos legionarios montevidéanos y a los milicianos que hubiesen combatido con Garibaldi en Europa.
2. Stefano Recchia y Nadia Urbinati, *A Cosmopolitanism of Nations: Giuseppe Mazzini's Writings on Democracy, Nation Building, and International Relations* (Princeton: Princeton University Press, 2009). Sobre la conformación de una “internacional liberal”, véase: Maurizio Isabella, *Risorgimento in Exile: Italian Émigrés and the Liberal International in the Post-Napoleonic Era* (Oxford: Oxford University Press, 2009). Sobre los componentes republicanos y democráticos de estos entramados, véase Florencia Peyrou, “The Role of Spain and the Spanish in the Creation of Europe's Transnational Democratic Political Culture, 1840-70”, *Social History*, 40:4 (2015), pp. 497-517. Sobre las redes de acción garibaldinas en la segunda mitad del XIX: Enrico Acciai, *Garibaldi's Radical Legacy: Traditions of War Volunteering in Southern Europe (1861–1945)* (New York: Routledge, 2021).
3. “Presentación de los gefes y oficiales de la Legión Francesa é Italiana al Gobierno”, *El Nacional*, Montevideo, núm. 1441, 4 /10/1843.
4. Giuseppe Garibaldi, *Memorie autobiografiche* (Firenze: G. Barbèra Editore, 1920), p. 181; Carta de Giuseppe Garibaldi a Joaquín Suárez, 30/4/1860, Torino, incluida en Leogardo Torterolo, *La Legión Italiana en el Uruguay. Síntesis histórica* (Montevideo: Escuela Naval, 1923), p. 82. Suárez, integrante del llamado “partido colorado”, se desempeñó como Presidente interino de la República Oriental del Uruguay, entre 1843 y 1852.
5. En parte, esta falta de integración de Garibaldi y sus legionarios en la política de partidos y facciones del Río de la Plata parece ser tributaria de una ausencia de diálogo entre diversos registros historiográficos que, a lo largo de los años, se han ido solapando sin integrarse adecuadamente ni aprovechar sus respectivos hallazgos. Allí conviven varias

- lecturas, desde los enfoques tradicionales y partidistas del Garibaldi militar y héroe de la defensa de Montevideo—o, por el contrario, “pirata” y *condottiero*—hasta las perspectivas internacionalistas—apologéticas o académicas—, centradas en la circulación de voluntarios y exiliados o en los entramados de ideas y prácticas republicano-democráticas. Entre las excepciones destaca la documentada biografía de J. Ridley, *Garibaldi* (New York: The Viking Press, 1974) y el aporte de David McLean, en la que trajo a colación las tensiones causadas por Garibaldi entre sus aliados locales, aunque se centró en las operaciones militares de 1845 y 1846 y no abordó en detalle la política facciosa montevideana y el rol de los legionarios como “partido”. David McLean, “Garibaldi in Uruguay. A Reputation Reconsidered”, *The English Historical Review*, 451 (1998), pp. 351-366.
6. Delphine Diaz ha trazado una documentada problematización acerca del estatus legal y político de los refugiados y exiliados, centrándose en la experiencia francesa en el siglo XIX: *Un asile pour tous les peuples? Exilés et réfugiés étrangers en France au cours du premier XIXe siècle* (Paris: Armand Colin, 2014); Delphine Diaz et al., *Exils entre les deux mondes: migrations et espaces politiques au XIXe siècle* (Paris: Les Perséides, 2015).
 7. Ridley, *Garibaldi*, p. 206.
 8. Horacio Arredondo (ed.), *Los ‘Apuntes estadísticos’ del Dr. Andrés Lamas* (Montevideo: El Siglo Ilustrado, 1928), p. 28. Empleamos aquí las categorías nacionales de los censistas de la época. En los inicios del siglo XIX el término “oriental” se popularizó para designar a los nacidos en la margen izquierda del Río de la Plata (aunque durante algunos tramos de las guerras revolucionarias de la década de 1810 también incluyó a los pobladores situados al oriente del río Paraná). Luego de la aprobación de la Constitución de 1829, se empleó para nominar a los originarios del nuevo Estado o República Oriental del Uruguay; el uso extensivo del gentilicio uruguayo es más tardío.
 9. Bruce Levin, “Immigrants and Refugees: Who were the Real Forty-Eighters in the United States?” en Sabine Freitag (ed.), *Exiles from European Revolutions. Refugees in Mid-Victorian England* (New York; Oxford: Berghahn Books, 2003), pp.234-250.
 10. Acerca de los circuitos mercantiles genoveses en el Río de la Plata: Catia Brillì, *Genoese Trade and Migration in the Spanish Atlantic, 1700-1830* (Cambridge: Cambridge University Press, 2016), pp. 164-203; Griselda Tarragó, *De la orilla del mar a la vera del río: navegantes y comerciantes genoveses en el Plata y el Paraná (1820-1860)* (Rosario: Prohistoria, 2011). Sobre la llegada de las corrientes migratorias italianas a Montevideo y su *hinterland*: Fernando Devoto, “Un caso di emigrazione precoce. Gli italiani in Uruguay nel secolo XIX” en AAVV., *L’emigrazione italiana e la formazione dell’Uruguay moderno* (Torino: Fondazione Giovanni Agnelli, 1993), pp. 1-36. Véase también Salvatore Candido: “La emigración política italiana a la América Latina (1820-1870)”, *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, 13 (1978), pp. 216-238; *Los italianos en América del Sur y el ‘Resurgimiento’* (Montevideo: Instituto Italiano di Cultura, 1962) y *Presenza d’Italia in Uruguay nel secolo XIX. Contributo alla storia delle relazioni fra gli stati italiani e l’Uruguay dal 1835 al 1860* (Montevideo: Instituto Italiano di Cultura, 1966). Una visión renovada de este panorama en: Alessandro Bonvini, “Los exiliados del Risorgimento. El mazzinianesimo en el Cono Sur”, *Memoria y Sociedad*, 22:44 (2018), pp. 42-65. Acerca de las organizaciones carbonarias puede verse el trabajo de Eduardo Scheidt, *Carbonários no Rio da Prata: Jornalistas italianos e a circulação de ideias na Região Platina (1727-1860)* (Rio de Janeiro: Apicuri, 2008).

11. Cândido Salvatore, *La revolución riograndense nel carteggio inédito di due giornalisti mazziniani: Luigi Rossetti e G. B. Cuneo (1837-1840)* (Firenze: Valmartina, 1973); Moacyr Flores, *Modelo político dos Farrapos: as idéias políticas da revolução farroupilha* (Porto Alegre: Mercado Aberto, 1978); Lindolfo Collor, *Garibaldi e a guerra dos farrapos* (Rio de Janeiro: Globo, 1958).
12. Salvatore Candido, “L’azione mazziniana in Brasile ed il Giornale ‘La Giovine Italia’ di Rio de Janeiro (1836) attraverso documenti inediti o poco noti”, separata del *Bollettino della Domus Mazziniana*, Pisa, XIV:2 (1968); Tulio Halperin Donghi, “Rosismo y restauración europea en los informes del cónsul sardo en Buenos Aires, Barón Henri Picolet D’Hermillon (1835-1848)”, *Revista de Historia de América*, núm. 37-38 (1954), pp. 246-247.
13. Sobre la expansión de la Giovine Italia en el Atlántico: Alessandro Bonvini, “‘Good Christians, Good Citizens, Good Patriots’. Young Italy and the Atlantic Struggle for the Nation, 1835-1848”, *Diasporas. Circulations, migrations, histoire*, 34 (2019), pp. 65-78; Salvatore Candido, “La ‘Giovine Italia’ a Montevideo (1836-1842)”, *Garibaldi*, 20 (2005), pp. 35-65.
14. Alma Marani, *El ideario mazziniano en el Río de la Plata* (La Plata: Centro de Estudios Italianos, 1985); Jorge Myers, “Giuseppe Mazzini and the Emergence of Liberal Nationalism in the River Plate and Chile, 1835-60”, en C. Bayly y E. Biagini (eds.), *Giuseppe Mazzini and the Globalization of Democratic Nationalism* (Oxford: Oxford University Press, 2008), pp. 323-354; Mercedes Betria, “Para una nueva lectura sobre la Generación del ‘37. Mazzinismo y sociabilidades compartidas en la construcción de la identidad nacional argentina”, en A. Amadori y M. Di Pasquale (coords.), *Construcciones identitarias en el Río de la Plata, siglos XVIII- XIX* (Rosario: Prohistoria, 2013), pp. 135- 162.
15. James E. Sanders, *The Vanguard of the Atlantic World. Creating Modernity, Nation, and Democracy in Nineteenth-Century Latin America* (Durham, NC: Duke University Press, 2014), en especial el capítulo “Garibaldi, the garibaldinos and the Guerra Grande”. Agradezco al autor haberme facilitado un ejemplar de su libro.
16. Peter Winn, *Inglaterra y la tierra purpúrea. A la búsqueda del imperio económico, 1806-1880* (Montevideo: EBO, 1997); Edward Shawcross, “When Montevideo Was French: European Civilization and French Imperial Ambitions in the River Plate, 1838–52”, *European History Quarterly*, 45:4 (2015), pp. 638-661.
17. David McLean, *War, Diplomacy, and Informal Empire: Britain and the Republics of La Plata, 1836-1853* (New York: St. Martin’s Press, 1995). Algunas reflexiones sobre las guerras civiles latinoamericanas en Frank Safford, “Reflections on the Internal Wars in Nineteenth-Century Latin America”, en Rebecca Earle (ed.), *Rumours of Wars: Civil Conflict in Nineteenth-Century Latin America* (London: Institute of Latin American Studies-University of London, 2000), pp. 6-28.
18. Jorge Gelman, *Rosas bajo fuego. Los franceses, Lavalle y la rebelión de los estancieros* (Buenos Aires: Sudamericana, 2009).
19. Ana Frega, “La vida política”, en Gerardo Caetano (dir.) y Ana Frega (coord.) *América Latina en la historia contemporánea. Uruguay, tomo I: (1808- 1880) Revolución, independencia y construcción del Estado* (Montevideo: Planeta-Fundación Mapfre, 2016), pp. 75-80; Alejandro Rabinovich, “Las guerras civiles rioplatenses: violencia armada y configuraciones identitarias (1814-1852)”, en Federico Lorenz (comp.), *Guerras de la historia argentina* (Buenos Aires: Ariel, 2015), pp. 137-158. Sobre la emigración argentina: Ignacio Zubizarreta, *Los unitarios. Faccionalismos, prácticas, construcción*

- identitaria y vínculos de una agrupación política decimonónica, 1820-1852* (Stuttgart: Hans-Dieter Heinz Verlag, 2012) y Edward Blumenthal, *Exile and Nation-State Formation in Argentina and Chile, 1810-1862* (Cham: Palgrave Macmillan, 2019).
20. Hemos analizado con detenimiento este proceso en: Mario Etchechury Barrera, “Defensores de la Humanidad y la civilización’. Las legiones extranjeras de Montevideo, entre el mito cosmopolita y la eclosión de las nacionalidades (1838-1851)”, *Historia*, 2:50 (2017), pp. 491-524.
 21. “Diario de la Legión italiana de Montevideo llevado por Bartolomé Odicini. 1º de abril 1843-12 de octubre de 1847”: Cuaderno 7, Museo Histórico Nacional, Montevideo, Manuscritos, Volumen 1282. El autor de este diario es incierto, aunque varias investigaciones atribuyen al menos una parte a Odicini. Sobre el proceso de creación de la Legión Italiana: Leogardo M. Torterolo, *La Legión Italiana en el Uruguay* (Montevideo: Escuela Naval, 1923). Algunos breves pasajes fueron transcritos por Gaio Gradenigo, *Garibaldi in America. Con il Diario della Legione Italiana di Montevideo* (Montevideo: Don Orione, 1969). Como ocurrió con los otros batallones de voluntarios, fuera del plano militar, la legión funcionó como una especie de asociación, que proveía de asistencia a las familias de los voluntarios, mediante raciones, atención sanitaria y, en algunos casos, educación. Cfr. Etchechury Barrera, “Defensores de la Humanidad”.
 22. Gilles Pecout, “International Volunteers and the Risorgimento. Introduction”, *Journal of Modern Italian Studies*, 14:4 (2009), pp.413-426; Nicholas Göhde, “A New Military History of the Italian Risorgimento and Anti-Risorgimento: The Case of ‘Transnational Soldiers’”, *Modern Italy*, 19:1 (2014), pp. 21-39; Christine Krüger and Sonja Levsen, “Introduction: Volunteers, War and the Nation since the French Revolution”, in Christine Krüger and Sonja Levsen (eds.), *War Volunteering in Modern Times. From the French Revolution to the Second World War* (Houndmills: Palgrave-Macmillan, 2010); Nir Arielli and Bruce Collins (eds.), *Transnational Soldiers: Foreign Military Enlistment in the Modern Era* (New York: Palgrave Macmillan, 2013).
 23. Sobre la dimensión internacional en la que se insertó la Legión Italiana de Montevideo: Salvatore Candido, “Giuseppe Garibaldi in Sud America nei suoi rapporti con Giuseppe Mazzini e il mazzinanesimo (1836-1844)”, separata de *Archivio Trimestrale. Rassegna storica di studi sul movimento repubblicano* (1984), pp. 341-368.
 24. Garibaldi, *Memorie*, p.122.
 25. Diario de la Legión italiana de Montevideo, Cuaderno 1, entradas del 12 al 21 de abril de 1843.
 26. Diario de la Legión italiana de Montevideo, Cuaderno 1, entrada del 3 de mayo de 1843.
 27. Diario de la Legión italiana de Montevideo, Cuaderno 1, entrada del 11 de mayo de 1843.
 28. Garibaldi, *Memorie*, p. 122.
 29. Diario de la Legión italiana de Montevideo, Cuaderno 1, entradas del 3 y 4 de junio de 1843.
 30. Garibaldi, *Memorie*, p.124.
 31. “El Coronel Mancini a sus compatriotas los italianos que existen aun en Montevideo”, *El Defensor de la Independencia Americana*, Miguelete, núm. 11, 13 de julio de 1844. La lista nominal de los desertores figura en: “Relación de los pasados al campo sitiador entre los años 1843 y 1851. Listas de revista, 1842-1851”, Museo Histórico Nacional, Montevideo, Sección Manuscritos, Volumen 1379.
 32. Sanders, *Vanguard of the Atlantic World*, pp. 23-24.

33. De Jacinto Albístur al Primer Secretario del Despacho de Estado, 4/1/1852, “Informes diplomáticos de los representantes de España en el Uruguay. 1852”, *Revista Histórica*, LII, núm. 154-156, (1980), p. 381. Sobre esta confluencia entre motivaciones materiales e ideológicas cfr. Sanders, *Vanguard of the Atlantic World*, pp. 29-30.
34. Este proceso es estudiado en detalle en: Etchechury Barrera, “Defensores de la Humanidad”
35. Tomás de Iriarte, *Memorias. Juan Manuel de Rosas y la defensa de Montevideo* (Buenos Aires: SIA, 1957), p. 286. Como señala J. Ridley, Iriarte expresaba la voz de un sector de militares de línea, partidarios del respeto a las ordenanzas, los ascensos lentos y reglados y la primacía de los naturales—americanos— sobre los foráneos, en suma, lo opuesto a lo que representaba el voluntariado garibaldino. Ridley, *Garibaldi*, pp. 174-175.
36. Ventura Rodríguez, *Memorias militares del General don Ventura Rodríguez* (Montevideo: Talleres Gráficos Barreiro y Ramos, 1919), pp. 196-199.
37. Nota del Jefe Político y de Policía al Superior Gobierno, 7 de marzo de 1844. Véase también el parte firmado por el sargento de Policía Félix Fernández, 4 de marzo de 1844 y las notas de Santiago Méndez a Andrés Lamas, 4 de marzo de 1844 y de Bernardino Mazariego a Andrés Lamas, 4 de marzo de 1844. Archivo General de la Nación, Montevideo, Ministerio de Gobierno, Caja 953, Carpeta 5.
38. Orden del día del 15 de diciembre de 1845, en “Historia del Ejército Nacional (continuación). Año 1845”, *Boletín Histórico*, Montevideo, núm. 65 (abril-junio de 1955), pp. 52-53.
39. A.B.C., “Nuova tattica di Garibaldi per risuscitare Italia”, *Il Diavoletto Trieste*, 10/8/1849, p.1.
40. Gilles Pecout, *Il lungo Risorgimento. La nascita dell'Italia contemporanea (1770-1922)* (Torino: Mondadori, 1997), pp. 141-144.
41. “Affaires de Buenos-Ayres” (1/10/1849), *Revue des Deux Mondes*, XIX année, Nouvelle Période, T. IV (1849), p. 572. En algunos documentos europeos del período se habla, erróneamente, de una “legión extranjera” de Montevideo, que no existió como tal.
42. “Expédition projetée a Montevideo” (15/12/1849), *Revue des Deux Mondes*, XIX année, Nouvelle Période, T. IV (1849), p. 1121.
43. Las monografías de Salvatore Candido siguen siendo las más completas a nivel fáctico sobre la carrera de Garibaldi en el Río de la Plata, aunque su proyecto quedó inconcluso: *Giuseppe Garibaldi: corsaro riograndense 1837-1838* (Roma: Istituto per la Storia del Risorgimento Italiano, 1964) y *Giuseppe Garibaldi nel Rio de la Plata, 1841-1848. Dal ritorno a Montevideo alla spedizione 'suicida' nel Rio Paraná, 1841-1842* (Firenze: Valmartina, 1972). También: Setembrino Pereda, *Garibaldi en el Uruguay* (Montevideo: El Siglo Ilustrado, 1914-1916) y el ya citado Ridley.
44. Carlos Rama, *Garibaldi y el Uruguay* (Montevideo: Ediciones Nuestro Tiempo, 1968), pp. 46-53.
45. Dominique Reill, “The Risorgimento: A Multinational Movement”, en Silvana Patriarca y Lucy Riall (eds.), *The Risorgimento Revisited. Nationalism and Culture in Nineteenth-Century Italy* (Hampshire: Palgrave Mcmillan, 2012), p 256.
46. Rodríguez, *Memorias*, p.199.
47. Rodríguez, *Memorias*, p. 43.
48. Leogardo M. Torterolo, *Vida de Melchor Pacheco y Obes* (Montevideo: Arduino Hmnos., 1920).
49. Tomás de Iriarte, *Memorias. El sitio de Montevideo y la política internacional en el Río de la Plata*, (Buenos Aires: Ediciones SIA, 1951), p. 377.

50. McLean, “Garibaldi in Uruguay”.
51. Lucy Riall, *Garibaldi. L'invenzione di un héroe* (Bari: Laterza, 2007), pp. 41-54.
52. Torterolo, *La Legión Italiana*, pp. 49-50.
53. Tomás de Iriarte, *Memorias. El sitio de Montevideo, 1846* (Buenos Aires: Goncourt, 1969), p.181.
54. Mario Etchechury Barrera, “De compañeros de armas a ‘suizos vendidos’. Las alternativas de la emigración político-militar argentina en el Estado Oriental del Uruguay (1838-1846)”, *Quinto Sol*, 1:23 (2019), pp.1-21.
55. Garibaldi, *Memorie*, p. 169.
56. *Ibid.*, p. 155.
57. Torterolo, *La Legión Italiana*, p. 29
58. “Diario llevado por el Dr. Francisco Solano Antuña en el campo sitiador”, entrada del 18/7/1846, *Revista Histórica*, 49:145-147 (1977), p. 288.
59. Cartas de Giuseppe Garibaldi: a Napoleone Castellini, Salto, 26/2/1846, a la Comissione della Legione Italiana, Salto, 1/3/1846 y a Francisco Joaquín Muñoz, Salto, 10/3/1846, Edizione Nazionale degli scritti di Giuseppe Garibaldi, *Epistolario. Volume I. (1834-1848). A cura di Giuseppe Fonterossi, Salvatore Candido, Emilia Morelli* (Roma: Istituto per la Storia del Risorgimento Italiano, 1973), pp.182, 187 y 188.
60. De Giuseppe Garibaldi a Giovan Battista Cuneo, 15/6/1846, Salto, *Epistolario*, p. 208.
61. Public Record Office/Foreign Office (en adelante PRO/FO), 51-46. De M. Hood a Palmerston, Montevideo, Despacho n° 46, 15/7/1847, ff. 67-69.
62. Decreto del 25/6/1847, firmado por el Presidente Joaquín Suárez, en “Historia del Ejército Nacional. Año 1847 (continuación)”, EMGE, *Boletín Histórico*, Montevideo, n° 66, julio-septiembre de 1955, p.12.
63. *El Defensor de la Independencia Americana*, Miguelete, 1/7/1847.
64. Tomás de Iriarte, *Memorias. La nueva Troya, 1847* (Buenos Aires: Goncourt, 1971), p. 191.
65. PRO/FO, 51-46, De M. Hood a Palmerston, 15/7/1847, cit., f.69.
66. Comunicación de Le Prédour, 1/7/1847, citada por Georges Bourgin, “Garibaldi y Francia en el Uruguay, 1840-1848”, incluido en el “Apéndice” de Carlos Rama, *Garibaldi*, p. XL.
67. Tomás de Iriarte, *Memorias. La Nueva Troya*, pp. 191-192.
68. “Diario de la Legión Italiana”, Cuaderno 5, entrada del 26/6/1847.
69. “Diario de la Legión Italiana”, Cuaderno 5, entrada del 29/6/1847.
70. Tomás de Iriarte, *Memorias. La Nueva Troya*, p. 201. Iriarte cita entre los integrantes de esta comisión, al Teniente Coronel Benito Larraya, el Coronel José Guerra y el Sargento Mayor Manuel de Clemente (ambos españoles), el Sargento Mayor Esquivel (santafesino), el Coronel Vicente Espinoza y el Comandante José Mora.
71. *Ibid.*, p. 200.
72. *Ibid.*, p. 203.
73. “Documentos oficiales”, 4/7/1848 y 5/7/1847, *Comercio del Plata*, Montevideo, 6/7/1847.
74. Tomás de Iriarte, *Memorias. La Nueva Troya*, p. 207. Según Ridley, Garibaldi se entrevistó con Flores, quien le aseguró que, si no renunciaba, los motines continuarían. Ridley, *Garibaldi*, p. 219.
75. Un detalle pormenorizado de estas acciones en Isidoro de María, *Anales de la Defensa de Montevideo, 1842-1851. Tomo tercero* (Montevideo: Imprenta El Ferrocarril, 1885), pp. 82-93.

76. “Diario de la Legión Italiana”, Cuaderno 5, entrada del 6/8/1847 y Cuaderno 6, Nota inicial.
77. “Diario de la Legión Italiana”, Cuaderno 6, Nota inicial.
78. “Interior. Documentos oficiales”, *Comercio del Plata*, Montevideo, 20/8/1847.
79. PRO/FO, 51-46. De M. Hood a Palmerston, 20/8/1847, Despacho n° 62, ff. 180-183.
80. “Primera renuncia del Coronel D. Venancio Flores”, Montevideo, 16/8/1847, f. 14. Museo Histórico Nacional, Montevideo, Manuscritos, Vol. 344: “Documentos correspondientes al período de la Guerra Grande (1847-1849)”.
81. Salvatore Candido, “Giuseppe Garibaldi sulla via del ritorno in Italia (aprile 1848)”, *Rassegna Storica del Risorgimento*, 55 (1968), pp. 548-572.
82. Mario Etchechury Barrera, “La 'causa de Montevideo'. Inmigración, legionarismo y voluntariado militar en el Río de la Plata, 1848-1852”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en línea], Debates, puesto en línea el 13 diciembre 2012. <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.64670>
83. De Melchor Pacheco y Obes a Bartolomé Odiccini, Cirujano mayor de la Legión italiana, Pernambuco, 30/9/1850, Archivo General de la Nación, Montevideo, Archivos Particulares: Caja 54, carpeta 18.
84. Stephen Jacobson y Alsessandro Bonvini, “Democratic Imperialism and Risorgimento Colonialism: European Legionnaires on the Argentine Pampa in the 1850s”, *Journal of Global History* (2021), pp. 1-20. doi:10.1017/S1740022821000152.
85. Garibaldi, *Memorie*, p. 182.
86. Sobre el uso político que hizo Garibaldi de su condición de exiliado en diversos escenarios véase: Lucy Riall, “Travel, Migration, Exile: Garibaldi’s Global Fame”, *Modern Italy*, 19:1 (2014), pp.41-52.